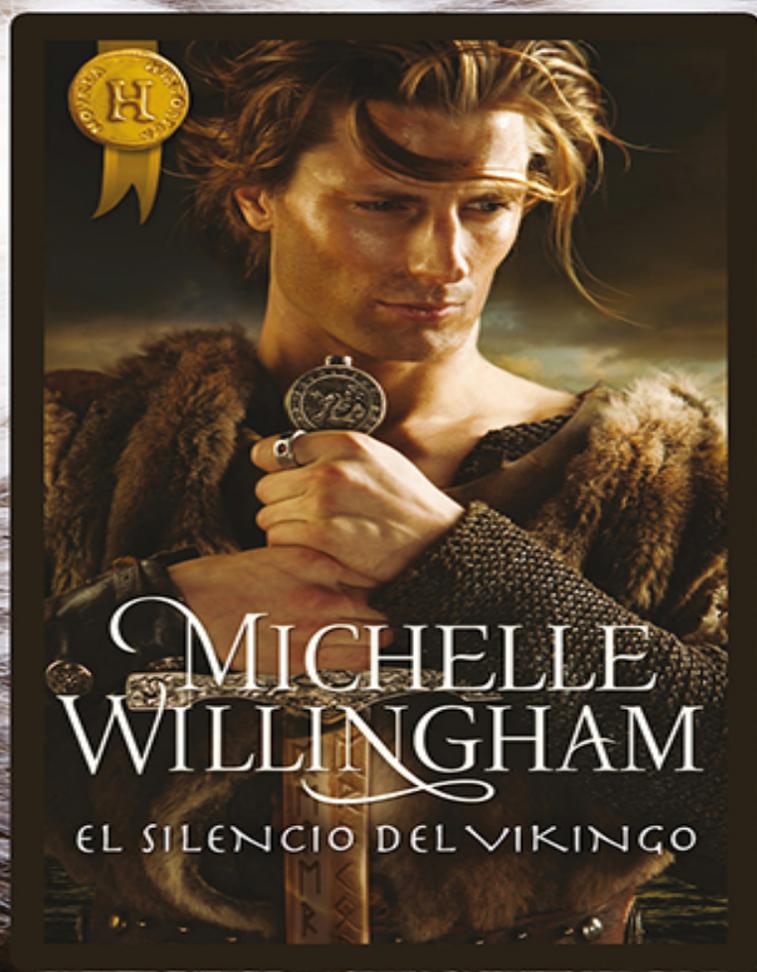




VI KIN GOS



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

E-pack Vikingos, n.º 255 - junio 2021

I.S.B.N.: 978-84-1375-729-2

Índice

[Créditos](#)

[La caricia del vikingo](#)

[Nota de los editores](#)

[Prólogo](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[Veinticuatro](#)

[Epílogo](#)

Promoción

El silencio del vikingo

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Si te ha gustado este libro...

El verano del vikingo

Dedicatoria

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

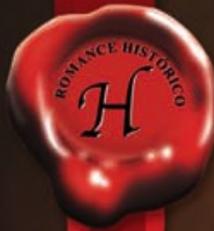
Once

Doce

Trece

Catorce

[Si te ha gustado este libro...](#)



La caricia del
VIKINGO
JOANNA FULFORD

Recomendado por el editor

Harlequin Internacional™

El vaivén del mar y el viento en la proa, esas eran las únicas ataduras del arrogante vikingo. Un modo de vida adecuado a su sed de aventura y a la necesidad de olvido. ¿Qué clase de mujer podría rivalizar con la atracción del mar y la batalla? Solo una serena belleza como Anwyn, acostumbrada a luchar contra el destino y a plantarle cara a un desafío. Esta historia palpitante de vida de Joanna Fulford, en la que cada uno de los personajes que rodean a los protagonistas están caracterizados con igual maestría, nos hace revivir los lejanos años donde las naves vikingas surcaban los mares sedientas de conquistas, y es esta historia de amor intemporal la que tenemos el gusto y el placer de recomendaros.

¡Feliz lectura!

Los editores

Prólogo

Northumbria

Año 889 después de Cristo

Unas lenguas de fuego se elevaban más de cinco metros por encima del tejado y se perdían en el cielo nocturno desprendiendo un calor tal que los espectadores hubieron de alejarse para contemplar, con expresión desolada, cómo se consumía el edificio. Vigas, maderos y tejas en una orgía de rojo y naranja. Un humo acre salía de las paredes y escapaba por la puerta, uniéndose al resplandor sobrecogedor. Nadie hablaba. El único sonido era el crepitar de la madera y el rugir de las llamas.

Wulfgar permanecía inmóvil como si un encantamiento pesara sobre él contemplando cómo se destruía el lugar que siempre había considerado su hogar, la pira de aquellos a los que más quería. La luz de las llamaradas confería a su rostro un color sanguinolento y a su mirada una intensidad terrible. Todos sus pensamientos anteriores quedaron sepultados, ahogados bajo el peso del dolor y de la ira, ambos demasiado intensos para plasmarlos en palabras. Sus compañeros de armas se habían congregado

un poco aparte del resto y observaba en horrorizado silencio desde el final del círculo de vasta oscuridad.

El tiempo perdió todo su sentido. Sin sentir ni frío ni cansancio, Wulfgar permaneció allí hasta que el alba gris se coló entre los árboles y a su pálida luz vio una ruina humeante y negra. No oyó las pisadas suaves de los cascos sobre la hierba ni el crujido del cuero de la silla cuando el jinete desmontó. Solo cuando el hombre llegó a su lado se volvió a mirarle como si emergiera de un largo sueño o si recuperara lentamente la consciencia.

La viva mirada azul que se encontró bien podría haber sido la suya. El rostro, arrugado por la edad, también mostraba un sorprendente parecido con el suyo. Sin embargo el cabello de su padre era ahora gris en lugar de oscuro. Prácticamente de su misma estatura, caminaba perfectamente erguido y su corpulencia le prestaba un aura de poder. Durante unos segundos los dos hombres se observaron en silencio. Wulfgar fue el primero en apartar la mirada.

—Debería haber estado aquí —dijo.

Wulfrum negó con la cabeza.

—Nada habría cambiado.

—Les he fallado cuando más me necesitaban.

—No había modo de que hubieras podido prever esto.

—Me rogó que no me fuese pero no le hice caso. Intenté convencerme de que lo hacía por ella y por el niño —la voz

le tembló—. Ha sido mi propio egoísmo lo que les ha acarreado esto.

—No podrías haberlos salvado, ni a ellos ni a los demás.

—Pero podría haberlo intentado.

—Sí, pero el resultado habría sido el mismo. La fiebre no hace distinciones; mata al noble y al plebeyo.

—Eso no me consuela.

—Lo sé. Solo el tiempo podrá consolarte.

—¿Tú crees?

Wulfrum se quedó pensativo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé.

—Podrías quedarte un tiempo en Ravenswood — lo dijo como si tal cosa, pero bajo las palabras latía algo más—. Siempre habrá un sitio para ti allí.

—Mi lugar era este, pero ya no hay marcha atrás.

Su padre miró más allá de la ruina, hacia los árboles que había detrás.

—Entonces, ¿piensas reunirte con Guthrum?

—Guthrum se está haciendo viejo y sus días de guerra son parte del pasado ya. No le queda mucho por vivir.

—¿Entonces?

—No sé. Otra cosa.

—No tienes que decidirlo ahora. Tómate un tiempo para pensártelo.

—Recuerdo una cosa que me dijiste hace tiempo: somos las decisiones que tomamos —sonrió, burlón—. Pues las mías han quedado convertidas en cenizas y yo soy el

culpable —se volvió a mirarle—. Si es que tengo algún futuro, no lo encontraré aquí.

Uno

East Anglia, seis años más tarde

Wulfgar estaba de pie en la proa de la nave, estudiando atentamente la curva de arena amarilla y las dunas suaves de detrás, pero la pequeña bahía estaba desierta; solo las gaviotas navegaban en sus corrientes de aire. Unas nubes pesadas colgaban bajas sobre la tierra, restos de la tormenta de la noche anterior. Los únicos sonidos eran el del viento y el vaivén de la marea en la orilla, donde la arena abrasada y una línea de algas y restos de maderamen daban fe de su paso.

—Este lugar nos servirá —dijo—. Le embarcaremos aquí. Hermund, de pie a su lado, asintió.

—¿Reconoces esta costa?

—Creo que estamos en Anglia, aunque es difícil estar seguro.

—Desde luego todo parece tranquilo, mi señor.

—En cualquier caso, enviaremos una patrulla a inspeccionar.

—Perfecto.

Wulfgar dio la orden unos minutos más tarde y la quilla del barco encalló en la arena. La tripulación recogió los

remos y Wulfgar, junto con media docena de hombres, saltaron por la borda al agua y vadearon hasta la orilla. Sin perder un instante cruzaron la playa y subieron por las dunas. Más adelante los aguardaba una extensión de brezos salpicados de hierba áspera y aulagas. En la distancia se veían manchas de árboles.

—Servirá.

Hermund escrutó el paisaje que los rodeaba con gesto pensativo en su cara surcada de arrugas y a sus ojos grises de aguda mirada no parecía escapárseles nada. A los treinta y tres años era seis mayor que su compañero y algunos hilos de gris asomaban ya entre su pelo castaño, pero la deferencia con que trataba al otro hombre revelaba la posición que cada uno de ellos ocupaba en el mundo.

—Sí, mi señor. De todos modos, esos campos tendrán su dueño.

—Apostaremos vigilancia.

—También cabe la posibilidad de que los habitantes locales sean amistosos.

—Quizás, aunque no tenía pensado que nos quedáramos lo suficiente para conocerlos. Tenemos una cita.

—Rollo no pondrá objeciones. Necesita guerreros y quiere a los mejores.

—Los tendrá, siempre que pague generosamente por ese privilegio.

Hermund sonrió.

—Por supuesto.

Volvieron al barco. Los hombres ya se habían organizado en grupos y arrastraban la embarcación sobre la arena.

—Nos ha ido bien estos últimos seis años —continuó Hermund—. Si la suerte nos acompaña, podremos retirarnos pronto.

Wulfgar no contestó, pero su silencio no se debía a que estuviera distraído. Había escuchado a Hermund e interiormente le había dado la razón. Capitaneaba un escuadrón de guerreros cuya reputación los precedía y garantizaba el cobro de la cantidad que pidieran por sus servicios, una suma que siempre les era abonada sin regatear. Y la suerte los había acompañado en ese sentido, hasta tal punto que había quien decía que su líder estaba bendecido porque siempre salía ileso de los combates. No tenía miedo a morir. Incluso hubo un tiempo en que buscó perecer, pero la muerte parecía burlarse perversamente de él, acercándose en el fragor de la batalla pero quedando siempre lejos de su alcance. Ya se había resignado a su suerte y ahora se dedicaba a contemplar con cinismo cómo aumentaban sus riquezas.

Ajeno a los pensamientos de su jefe, Hermund examinaba los daños sufridos por la nave.

—Una vela desgarrada, el penol roto, el timón agrietado... con todo, hemos salido bien parados. Solo tres heridos.

—Sí, podría haber sido peor.

—Varias veces me temí que acabásemos siendo carnaza para los peces.

—Si no arreglamos esos daños, lo seremos —dijo Wulfgar—. Organiza equipos de trabajo mientras yo voy a ver a los heridos.

—A la orden. ¡Thrand! ¡Beorn! ¡Asulf! ¡Bajad esa vela! ¡Dag y Frodi, ayudadles a liberar el penol! El resto venid conmigo.

La tripulación se apresuró a obedecer y el barco se transformó en un hervidero de actividad. Wulfgar se quedó contemplándolo un instante y después fue a ver a los heridos. En el curso de la tormenta un hombre había caído y se había golpeado la cabeza y el segundo tenía un desgarró profundo y feo en el brazo que iban a tener que coserle. El tercero se había roto las costillas. Sin embargo, ahora que estaban en tierra, las heridas podrían tratarse más fácilmente y Wulfgar les dio palabras de ánimo.

Luego se unió a los demás. Los esperaban varios días de duro trabajo pero a él no le importaba. El trabajo agotador era para él el olvido, la obligación de centrarse en el presente. El tiempo mitigaba el dolor, pero no adormecía el recuerdo. Solo el trabajo era capaz de hacerlo al menos durante un tiempo.

No había pasado aún una hora cuando uno de los vigías llamó su atención.

—Se acercan jinetes, señor.

Wulfgar levantó inmediatamente la cabeza y entornó los ojos para protegerlos del viento. Los vio de inmediato: seis

jinetes se habían detenido en la entrada de la bahía a unos cientos de metros de distancia y miraban el barco.

—Maldita sea... —murmuró en voz baja, pero Hermund le oyó.

—¿Qué queréis hacer?

—Depende de ellos. Esperaremos a ver qué hacen. Puede que solo los mueva la curiosidad.

—Quizá.

Wulfgar no apartaba la vista de los recién llegados.

—No buscamos pependencias. Diles a los hombres que tengan las armas a mano pero que nadie las utilice sin que yo dé la orden.

—A la orden. Menos mal que solo son seis.

—Que veamos.

—Cierto.

Los jinetes se pusieron en movimiento y avanzaron por la playa a paso lento. Ahora que estaban ya más cerca vio que todos estaban armados. Sin embargo no llevaban la mano en la empuñadura de la espada. Si verdaderamente eran solo seis, no parecían andar buscándose problemas.

Se detuvieron a unos metros de distancia de la tripulación, y su jefe, un tipo corpulento que debía rondar los cuarenta años, se apoyó en el pomo de su silla y miró a su alrededor impasible, analizando con ojos fríos cada detalle. Se hizo un denso silencio. Ambos grupos parecían estarse midiendo.

—Una patrulla, si mi ojo no me engaña —murmuró Hermund.

Wulfgar asintió casi imperceptiblemente.

—Estoy de acuerdo. Ahora la cuestión es: ¿dónde está el resto y cuántos son?

El cabecilla de los jinetes rompió el silencio.

—¿Quién manda a esta chusma?

—Aquí me tenéis —Wulfgar dio unos pasos—. ¿Qué se os ofrece?

El desconocido hizo una mueca.

—Estáis en propiedad ajena.

—La orilla no es de nadie —replicó Hermund.

—No esta orilla.

—Mi embarcación resultó dañada en la tormenta de anoche y tenemos que hacer algunas reparaciones —explicó Wulfgar.

—Pues largaos y hacedlas en otro sitio. Aquí no sois bien recibidos, vikingos.

Wulfgar se contuvo.

—Los trabajos nos llevarán solo unos días. En cuanto hayamos terminado, nos marcharemos.

—Os marcharéis ahora mismo si sabéis lo que os conviene. A lord Ingvar no le gustan los intrusos, y menos si son piratas.

—Es una lástima.

—Lo es para vosotros, ya lo creo.

Y le dedicó una desagradable sonrisa.

—Eso habrá que verlo.

—¿Me estás diciendo que no vais a marcharos?

Wulfgar asintió.

—Eso mismo.

Durante un momento el desconocido le mantuvo la mirada. Luego se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Luego no digáis que no os lo hemos advertido.

Y volviendo grupas se alejaron.

—Estupendo —dijo Hermund—. No tardarán en hacernos otra visita y con refuerzos.

—Podría ser una bravata —respondió Thrand.

—No lo creo. No habría sacado las uñas si no tuviera con qué afilarlas.

—Hermund tiene razón —dijo Wulfgar.

Thrand sonrió.

—Entonces, ¿nos preparamos para un ataque, mi señor?

—Estad preparados.

Los hombres intercambiaron miradas y Thrand apretó la empuñadura de su daga.

—Estoy deseando cerrarle la boca a ese tío.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo —le advirtió Hermund—. No sabemos cuántos amigos tendrá el señor boca.

—Por eso precisamente tenemos que estar preparados —intervino Wulfgar—. A las armas.

Dos

Anwyn retuvo a su montura para que avanzara al paso mientras contemplaba el horizonte en el que el mar formaba una mancha más oscura contra el cielo. La espuma blanca cruzaba la bahía e incluso desde la distancia se podía oír el rugir de las olas en la playa. La brisa era fresca y olía a sal y a tierra mojada, un recordatorio de la tormenta de la noche anterior.

Aun así, era una delicia poder estar de nuevo al aire libre.

—Las nubes desaparecerán pronto, mi señora.

Miró a su doncella, que cabalgaba a su lado y sonrió.

—Eso espero, Jodis.

A ella le parecía más bien que las nubes volvieran a congregarse en lugar de dispersarse, pero no quería echar a perder el buen humor de su compañera.

La había acompañado cinco años atrás cuando su padre la envió a casarse con el conde Torstein, y en aquellos días oscuros había actuado más como amiga y confidente que como doncella personal. Ambas tenían veinte años, aunque era más alta y fuerte que ella.

—Eyvind ha aprendido rápidamente a montar — observó la doncella, señalando al hombre y al niño que iban un poco

más adelante.

—Es cierto.

—Antes era mucho más callado, pero ha ganado mucha confianza desde... —se interrumpió y rápidamente corrigió el rumbo de sus palabras—... ha ganado confianza en sí mismo.

—No pasa nada. Puedes decirlo: ha ganado confianza desde que su padre murió —los ojos verdes de Anwyn brillaron de emoción—. Últimamente parece decidido a salir de su caparazón.

Jodis asintió.

—Así es.

—Ina es en gran parte responsable del cambio. Es un gran mentor —sonrió débilmente—. Eyvind le idolatra. Ahora todas sus frases empiezan por «Ina dice que...»

—Es verdad. Creo que si Ina le pidiera que caminase haciendo el pino, lo haría.

—Seguro. A pesar de su trato áspero, ha sido más un padre para él de lo que Torstein nunca lo fue.

—Ahora sois libres ambos, mi señora. Torstein ya no puede haceros daño.

—Él no.

Jodis captó la inflexión de la voz de su ama y comprendió de inmediato.

—Pero lord Ingvar sí.

—Su reputación es bien conocida.

Jodis se estremeció.

—Y bien merecida también, como sabemos.

—No hay pruebas fehacientes de ello. Es demasiado listo para ir dejándolas. La pérdida de un rebaño o la quema de un almiar pueden atribuirse a otras causas.

—Demasiados accidentes sin explicación.

—En efecto, pero yo no me atrevo a acusarle de ello abiertamente. En cualquier caso son sus hombres quienes llevan a cabo esos actos y no él, y por lo tanto puede aducir inocencia. Manteniendo la presión piensa que terminaré claudicando.

—¿Cómo se atreve a enfrentarse a vos?

—Fingir es un acto natural en él. Es un depredador nato; basta con estar en su compañía diez minutos para saberlo.

Su doncella la miró preocupada.

—No se habrá extralimitado con vos, mi señora.

—No, no es tan estúpido. Oculta su crueldad bajo un manto de buenos modales y palabras almibaradas, pero jamás me pondré, o pondré a mi hijo o a mis súbditos en sus manos.

—Si lo hicierais, nadie os culparía por ello. De todos modos, se vuelve cada día más impertinente.

Anwyn suspiró.

—Bien lo sé.

El rostro de lord Ingvar le llegó a la memoria con sus líneas casi aristocráticas y el cabello rubio muy pálido, un conjunto que algunos podrían considerar bello, pero sus labios finos y los ojos rasgados de color casi dorado le recordaban a un gato al acecho. Su estatura era algo mayor que la de la media y también su cuerpo poseía la

elasticidad de un felino. Las palabras de su última conversación se le habían quedado grabadas en el recuerdo:

—Pensadlo, Anwyn. Beranhold linda con vuestras tierras. ¿Qué podría ser más práctico o más razonable que unirlos bajo un mismo pabellón? Mi hueste es numerosa. Poneos bajo mi protección.

—Os lo agradezco, mi señor, pero ya tengo toda la protección que necesito.

—Ah, sí. Torstein os guardó bien, ¿no es así? No es de extrañar. Yo habría hecho exactamente lo mismo.

Un escalofrío le puso la carne de gallina.

—Estoy segura.

Su voz se volvió más suave, apenas un susurro.

—¿No preferirías que fuese un hombre el que soportara vuestras cargas?

—Puedo soportarlas sin dificultad.

—Sin duda sois una mujer de gran valía, pero la viudez es un estado triste y solitario, sobre todo para una mujer hermosa como vos —alzó una mano y rozó el borde de su moño—. ¿No añoráis compartir de nuevo vuestro lecho con un hombre, y en particular uno que aprecie vuestra belleza y que sepa cómo complacer a una mujer?

Sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Aún no estoy preparada para volver a casarme.

—Ahora decís eso, pero yo sé ser paciente.

—Os ruego que no alberguéis esperanzas por mí, mi señor.

—Cuando empeño mi corazón en alguna empresa uso cuantos medios tengo a mi alcance para conseguirla.

Anwyn reprimió el escalofrío que le provocó el recuerdo.

—Hace mucho tiempo que rechacé sus avances —continuó—, pero no pasa una semana sin que se presente bajo un pretexto u otro.

—Está obnubilado.

—Sí, pero por las tierras y sus riquezas más bien. Jodis movió la cabeza.

—Una mujer sola es vulnerable. No podréis seguir durante mucho más tiempo rechazando su proposición, a menos que...

—¿Qué?

—Que os buscarais otro marido.

—No deseo volver a casarme.

—Si no lo hacéis, vuestro padre elegirá por vos.

—Ya me lo ha sugerido, o al menos lo hizo mi hermano cuando vino a visitarme. ¡Torstein no lleva muerto ni tres meses! Osric se parece a mi padre en su determinación de ver crecer las riquezas y el poder de nuestra familia.

—Ambos son hombres decididos, mi señora, y os consideran la llave de sus éxitos futuros.

—Otro matrimonio para mí y otro peldaño en el ascenso al poder para ellos. Un rico conde del norte, me dijo —

Anwyn hizo una mueca—. Pero no pienso tolerar que sean ellos quienes me elijan pareja de nuevo.

—Es probable que no tengáis elección, mi señora. Vuestro padre es poderoso y ambicioso.

—Ya ha visto colmada su ambición a mis expensas.

—Pero seguís siendo carne de matrimonio.

—Es posible, pero pensar en otro matrimonio me resulta repugnante.

—No me refería a que contrajeseis matrimonio con otro hombre como el conde Torstein, sino con un buen hombre. Uno que sea incluso gentil.

—¿Un hombre bueno y gentil? Eso sería un milagro.

Antes de que pudieran decir algo más las interrumpió la voz del niño.

—Madre, ¿podemos galopar un poco? —los ojos verdes de su hijo brillaban de emoción—. Ina dice que puedo hacerlo si me das permiso.

Anwyn miró a su mentor. A pesar de haber cumplido ya los cincuenta, el viejo guerrero seguía siendo una figura impresionante y erguida, su porte firme y compacto. Su cabello y su barba entrecanos ocultaban una mente aguda y unos ojos a los que no se les escapaba nada. Además desprendía un aire de serena autoridad. En los días que siguieron a la muerte de Tornstein había sido un aliado de valor incalculable, una persona en la que había aprendido a confiar.

—Está bien. Pero solo hasta las dunas. Y controla siempre a tu montura.

Eyvind tiró de las riendas de su poni y clavó los talones en sus flancos. El animal empezó un galope corto. A su lado Ina acompasó el tranco de su montura, de mayor envergadura, a la del poni. Anwyn miró a Jodis sonriendo.

—¿Los seguimos?

Un instante después, seguían el camino que habían tomado su hijo y su instructor. Debía haber unos cien metros hasta las dunas, pero la velocidad era una tentación y Anwyn dejó galopar a su montura. Era tan agradable volver a montar sin restricciones, sentir el viento en la cara, sentir el alma casi libre...

Cuando por fin se detuvieron, reía sintiéndose mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. Se inclinó hacia delante y palmeó el cuello de su caballo. Eyvind la miró esperanzado.

—¿Podemos cabalgar por la orilla, madre?

No fue capaz de decirle que no. Además podían quedarse un poco más.

—¿Por qué no?

Avanzaron en fila india por las dunas, dejando que los animales eligieran su camino hasta llegar a la bahía. Ina y Eyvind se detuvieron de golpe.

—¡Mira, madre!

Anwyn siguió la dirección que le indicaba el índice extendido de su hijo y vio un barco encallado en la arena y ante él una nutrida tripulación. Debían ser al menos setenta hombres.

—Un barco de guerra —dijo Ina.

Anwyn se llenó de inquietud.

—¿Por qué estarán aquí?

—Imagino que han debido sufrir daños. ¿Veis la vela que han extendido un poco más allá?

Ella asintió.

—Eso explicaría su presencia.

Examinó con atención a la tripulación. Aunque parecían estar centrados en la vela y los aparejos que tenían sobre la arena, reparó en que todos iban armados con espada o hacha y que los escudos y los arpones estaban a su alcance. No fue ella la única que lo vio.

—Son profesionales, sin duda —dijo Ina.

—Pero al parecer no traen intenciones de atacar.

—No. Los que sí las traen son esos —respondió, señalando hacia la fuerza que acababa de aparecer por un extremo de la bahía.

Anwyn frunció el ceño.

—¿Pero quién...

—Son las huestes de Ingvar, mi señora.

—¿Estáis seguro?

—Grymar va al frente.

—No tendrían por qué estar aquí. Esta bahía linda con mis tierras.

—Y han tenido que cruzarlas para llegar hasta aquí.

—¿Cómo se atreve?

—Ni siquiera Grymar se habría atrevido a llegar tan lejos de no contar con el beneplácito de alguien más poderoso.

—Él recibe las órdenes directamente de Ingvar.

—Así es, mi señora.

Las implicaciones eran pavorosas. Al mando de Ina, los hombres de su esposo patrullaban y protegían Drakensburgh, y nunca habían necesitado ayuda de Ingvar. El hecho de que se hubiese atribuido la decisión de enviar una fuerza armada a sus tierras equivalía a decir que había adoptado por su cuenta el papel de protector, una función que ella no tenía la más mínima intención de confiarle.

—No me gusta.

Ina asintió.

—Con Grymar nada me gusta. Sería capaz de cortarle el cuello a su abuela por pura diversión.

—Debe ser una muestra de fuerza. No puede pretender seriamente entablar una lucha con esos hombres... ¿no? —dudó.

—Tengo la impresión de que es eso precisamente lo que pretende, mi señora.

Wulfgar calibró el grupo armado que se les acercaba.

Calculó mentalmente su número y apretó los dientes. Debían rondar el medio centenar. Ellos eran más numerosos y confiaba ciegamente en la pericia de sus hombres, pero cualquier confrontación resultaría sangrienta y cara. Sin embargo, y dado que el barco estaba bastante deteriorado, no les quedaba otra alternativa. Miró a Hermund.

—Que los hombres se preparen.

—Sí, mi señor.

Y formaron junto a él, aguardando.

—Que sean ellos los que empiecen si ese es su deseo, pero después haremos que se arrepientan.

Sus palabras fueron recibidas con sonrisas circunspectas por parte de sus hombres, que agarraron con fuerza las tiras de cuero de los escudos y la empuñadura de las espadas.

Anwyn sintió un nudo de temor en el estómago. Incluso desde la distancia que los separaba no había la menor duda de lo que iba a ocurrir, y miró a Ina.

—No voy a tolerar que se vierta sangre en mis tierras aunque una docena de Ingvar lo desearan.

—¿Qué pensáis hacer?

—Detenerlos.

—Una pretensión loable, mi señora, pero juntos son más de cien mientras que nosotros...

—Lo sé. Sin embargo, esta bahía linda con mis tierras y no con las suyas.

—Cierto, pero no veo cómo...

—El derecho nos asiste, Ina.

—Eh... sí, claro, y eso marca la diferencia.

—Exacto. Jodis, quedaos aquí con Eyvind. Ina, venid conmigo.

Y puso al galope a su caballo en dirección al agua mientras Ina la miraba atónito y partía tras ella.

Hermund observaba al grupo que se les acercaba con el ceño fruncido.

—¿Habr  por casualidad alguna fiesta local que se celebre en la playa?

—Podrá ser —replicó Wulfgar—. Parece que nos hemos metido en la boca del lobo, ¿no?

—¿Cómo es posible que ese bocazas tenga tantos amigos? —murmuró Thrand.

Beorn movió la cabeza.

—Quién lo dir , ¿eh?

Wulfgar no contestó. Estaba calibrando la distancia que los separaba de la fuerza que se acercaba. Setenta metros... cincuenta metros... cuarenta. Sus lanzas pasaron de estar en posición vertical a posición de ataque.

—All  vamos —murmuró Hermund.

A su lado Wulfgar desenvainó la espada.

—Bien, muchachos...

No termin  la frase al percibir un movimiento inesperado por el rabillo del ojo. El movimiento resultó ser un caballo al galope. Unos segundos después el jinete detena en seco a su montura entre los dos grupos y casi al mismo tiempo se oyó una voz de mujer que decía:

—¡Deteneos inmediatamente!

Los guerreros frenaron el ataque y todas las miradas se volvieron hacia quien había hablado. Wulfgar vio que se trataba de una figura delgada vestida de azul con una capa gris sobre la que una trenza rubia con destellos rojizos fluía